

Un gobierno propio

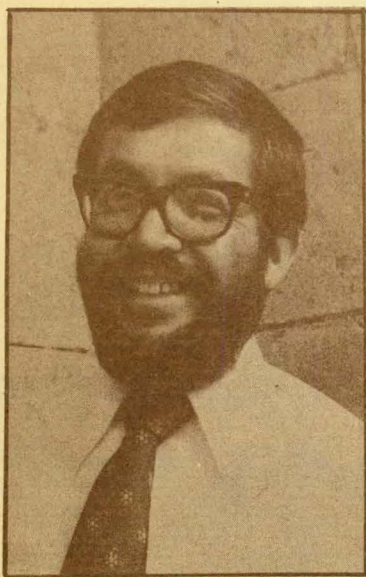
Para El D.F.

SERÍA UN EXPERIMENTO ATRACTIVO Y
UNA SATISFACCIÓN A LA CIUDADANÍA



Hank González... el caso de los ejes viales.

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Remota y discutible como es, la posibilidad de que los capitalinos elijan su gobierno propio no debiera distraer en la búsqueda de opciones más asequibles, como por ejemplo, que la autoridad los respete y cese de practicar toda suerte de vejaciones contra ellos.

De tanto en tanto, se pone de moda hablar de la condición disminuida que padecen los ciudadanos que habitan en el Distrito Federal, porque no designan a quienes los gobiernan. Es cierto que el gobierno del DF corresponde al presidente de la República, y que el Congreso de la Unión hace las veces de congreso local y uno y otro son elegidos mediante el voto. Pero como hay una obligada autoridad intermedia,

nombrada y ni siquiera formalmente designada mediante el voto público, los capitalinos ejercen a medias su condición ciudadana.

Ultimamente, con motivo de la remisión al Congreso, con un año de retraso, de la iniciativa de ley orgánica del Departamento del Distrito Federal, ha surgido de nuevo la cuestión de si los residentes en la ciudad de México podrían tener o no un gobierno directo elegido, o por lo menos un Congreso que los represente, en vez de las muy virtuales juntas de vecinos, pálido e ineficaz intento de la ley de 1970 por hacer participar a los habitantes de la ciudad en las cosas públicas.

Me parece que el asunto del gobierno capitalino debería plantearse en términos de la realidad política mexicana, por un lado, y de otra parte atendiendo a la teoría constitucional. En cuanto a ésta, todo sistema federal reserva una zona para el asiento de los poderes de la unión, no sujeta al régimen general de las entidades, pero tampoco necesariamente exceptuada de las formas comunes de acción ciudadana. No hay, pues, obstáculos formales insalvables para que, reservándose la Federación un estatuto privilegiado, los habitantes de la porción geográfica central pudieran ejercer sus derechos políticos a plenitud. En Argentina, Brasil y Venezuela, coexisten distritos federales y municipios y en Washington funciona desde 1967 una forma de gobierno con alcalde y consejo municipal.

Otra cosa es, sin embargo, si miramos a nuestra experiencia. En el pasado, cuando la ciudad de México era regida por el régimen municipal, el gobierno no era mejor que el de ahora. Ciertamente se trataba de otros tiempos, y esa diferencia quizá hace inexacta e inaplicable la comparación. Pero las querellas entre gobernantes serían un riesgo muy cercano para exponer la eficiencia con que debe proceder la administración del mayor conglomerado urbano del país.

El alegato en favor de que los capitalinos puedan elegir sus propios gobernantes, cae demasiado en la formalidad. Comparado con el de los habitantes de otras entidades, nuestro nivel real de participación apenas difiere. No se me diga que los guerrerenses efectivamente eligieron a don Rubén Figueroa, o que don Enrique

Cárdenas González es gobernador de Tamaulipas por la voluntad de sus paisanos. Los elevados grados de abstención en, pongamos por caso, el Estado de México —que seguramente se incrementarán en los próximos comicios municipales a causa de la impopularidad de muchos de los candidatos priistas— son otro factor real que muestra cómo sería en buena medida ilusorio plantear sin más que los distritofederalenses acudieran a las urnas a designar su propio gobierno.

Puede argumentarse, válidamente, que el nivel cívico de los capitalinos puede ser estimado, en términos generales, superior al que se observa en la mayor parte de las entidades del país. Es sabido que el grado de urbanización, la concentración de servicios tanto materiales como culturales, la mayor socialización, determinan más elevados niveles de participación política. Por lo tanto, sería de esperarse que los lastres a la expresión de la voluntad ciudadana, que en provincia resultan con frecuencia muy pesados, no pudieran operar en el D.F., por estar más alerta la conciencia de los ciudadanos.

Suponiendo que así fuera, eso conllevaría, muy probablemente, una dificultad adicional. Imaginemos que esa capacidad cívica de los capitalinos los conduce a elegir su propio gobierno con claridad y ánimo lúcido. No es seguro que el PRI ganara así, unas elecciones de corte municipal. No sería remoto que tuviéramos alcaldes, o hasta un gobernador del DF procedente de otro partido. En esta hipótesis, por fuerza el presidente de la República y el Congreso de la Unión tendrían que seguir perteneciendo al PRI. Se plantearía así, en grado mayor, la querella que no es infrecuente observar entre gobiernos estatales y municipales cuando éstos resultan en manos de la oposición. En Nuevo Laredo, por ejemplo, la administración parmista tuvo, en los años recientes, que sortear graves dificultades que le creó el gobierno priista de Ciudad Victoria. No faltará quien cite, como ejemplo de armonía entre gobernantes de diverso nivel y de distinto partido, la que se observó en Yucatán cuando era gobernador Loret de Mola y Correa Rachó ganó la alcaldía en Mérida. El argumento no sirve, porque ninguno era del PRI.

Sería en extremo fácil que el gobierno federal regateara fondos a un gobierno de la ciudad de México que no le fuera adicto. Y entonces se armaría la de Dios es Cristo. Porque si en las condiciones actuales los recursos asignados al antiguo Departamento Central son insuficientes, y de ello se derivan consecuencias muy adversas para los ciudadanos, en la conjetura que imaginamos los problemas se agravarían de manera insoportable.

Si, entonces, y como parece, no se modificará a corto ni mediano plazo el estatuto jurídico del Distrito Federal, habrá que pensar en medios de aplicación más inmediata que consignen para los ciudadanos el respeto que merecen y que no disfrutan. Porque todo el mundo ha experimentado, sobre todo en los meses recientes, desdén que lo sitúan todavía más por debajo de la condición disminuida que ya jurídicamente padece.

Tasajeada a todo lo largo y lo ancho de su superficie, la capital es una viva negación, hoy por hoy, del derecho de los habitantes a su ciudad. No se le puede ocultar a nadie que la magnitud de las obras emprendidas por el gobierno capitalino supone perturbaciones y molestias. El sólo imaginar que las obras al ser concluidas mejorarán —en el caso de los ejes viales— el tránsito en la ciudad de México, debería servir de estímulo para aguantar. Pero...

Ocurre que, alejadamente al periodo (Sigue en la página 69)

(Viene de la página 11) de destrucción obligadamente previo al de construcción, en muchas zonas de la ciudad no se vuelven las calles a la normalidad aun después de concluidos los trabajos. Con más frecuencia de la tolerable, se dejan esparcidos por allí restos hasta del equipo usado en las obras, y no se diga tubos, montículos de tierra, zanjales sin cubrir por completo, atarjeas desprovistas de tapa, etcétera.

Por otro lado, en las zonas de construcción de los ejes viales, todos los días, conforme avanzan las obras, se modifica el trazo de las rutas por las que pueden transitar peatones, automóviles, autobuses. Es natural que así ocurra, pero sería útil establecer un sistema de información que anunciara tales cambios con anticipación, en vez de obligar a los ciudadanos a perder el tiempo porque la calle que ayer estaba abierta a la circulación amaneció hoy clausurada.

Se dirá que este género de alegatos, como el de los habitantes de la colonia del Valle que protestan por la ilegalidad con que se realizan algunas obras, o la arbitrariedad con que, sin explicación alguna, se desforrestan calles como Mier y Pesado, Gabriel Mancera y Amores, es simple quisquillosidad de clasesmediera. No es así, porque los habitantes de esos rumbos tienen tan- tos derechos como los de otras zonas, si bien disfrutaban también del privilegio de poder ejercitarlos. Pero aun admitiendo el argumento, surge entonces la preocupación de cómo tratará el gobierno de la ciudad a los pobres que en ella radican si con la clase media se muestra tan autoritario.



Gilberto Flores Muñoz.

Don Gilberto.

Ese Señor

FUE HOMBRE Y POLÍTICO
EN EL MÁS ALTO NIVEL

POR DANIEL DUEÑAS



No recuerdo si fue en el año 53 o 54, ni si fue en su oficina, en la calle o en el bar del Amba, allí junto a la mesa del caballeroso "Skipper" de Llano, en donde conocí a don Gilberto Flores Muñoz. Lo que sí sé es que quien me llevó con él fue mi gran y ahora ya añejo (como los chateaus que él tanto goza degustar) amigo Álvaro González Mariscal.

—Mi primera ojeada al ya entonces mítico don Gilberto, me causó admiración: allí estaba yo a los veintitantos años de mi edad frente a un hombre que había convivido con personajes de la talla de Calles y de Cárdenas, responsable del milagro maicero de Ayarit y de la exitosa campaña para la independencia de la República de Adolfo Ruiz Fariñas. Ahí tenía yo, pues al famoso "Po-...".

—Señor general Cárdenas.

—Dígame, joven Flores Muñoz, ¿qué lo trae por aquí?

—Tengo un mensaje del general Calles para usted.

—A ver, dígame...

—Mi general me ha encargado decirle que el pueblo ha tenido a bien postularlo a usted como candidato a la presidencia de la República.

Recuerdo que Álvaro, con su particular sentido del humor me presentó con él —quizá por no tener a la mano otro calificativo mejor— como intelectual. No como periodista, porque yo en aquel entonces escribía para los periódicos crónicas sobre música, arte y —¡horror!— sociales. Yo creo que no me hubiese dado crédito si se enterara que mis últimas crónicas habían sido una entrevista al pianista Sigmund Rosengren y la nota de la fiesta de "Ángeles" de las Romandía Ferreira, en la cual Carlos Fuentes se dedicó a "shokear" a las señoritas en edad de merecer...

—Así que usted lee mucho, amigo.

nar, para gobernar bien.

—No lo entiendo, don Gilber...

—Mire, este país necesita traer debajo del brazo a la izquierda. ¡Controladita!, ¿me entiende? Para cuando la derecha se insubordina, ¡echársela encima!

Cuando don Gilberto fue secretario de Agricultura en 1952, México compraba 300 mil toneladas de trigo anuales para satisfacer nuestras necesidades. De inmediato puso en práctica un plan que convirtió los desiertos de Sonora en emporio triguero que, años más tarde, junto con las demás zonas del país dedicadas a ese cultivo, producían 2 millones de toneladas, obteniendo como resultado exportar en vez de importar esas mismas 300 mil toneladas. La cifra, curiosamente, poco se ha movido en los últimos 18 años. La labor de don Gilberto comenzaba a trascender.

(—Señor, lo busca el general Salinas.

—Pásalo a la sala.

—Pero, señor...

—¿Qué sucede? Pásalo y punto.

—Es que no viene solo: lo acompañan otros generales...).

Los "milagros" de don Gilberto no fueron únicamente con el trigo sino que abarcaron todas las áreas de la producción agrícola. Así, por ejemplo, la cosecha de café que, en 1952, la recibió en un millón de sacos, la elevó a dos. Igual con el de frijol y el arroz y, en la sacudida que le dio a la adormecida, pueblerina agricultura nacional, de un millón de pacas de algodón se llegaron a producir dos. También superó las cifras en el maíz a 7 millones de toneladas, cuando México —con una población menor y con menos necesidades y exigencias— sólo requería de 6.

Su fama y prestigio iban, por ende, hacia arriba.

(—Óyeme, Pollo...

—Dígame, señor presidente.

—Por la red hálame de tú.

—Está bien. Dime.

—Se habla mucho, Pollo, de que van generales y jefes de zona a Palmas 1535 y eso, Pollo, no nos conviene, es mejor que los veas en otro lado y a uno por uno, no en grupo).

En ganadería, a pesar de dos epizootias, continuó el flujo de la exportación, con todo y que nuestros vecinos cerraron por un año sus fronteras exigiendo, de paso, nuevamente el uso del rifle sanitario.

(—Esto no tiene remedio, hay que aplicar el rifle.

—No, señor presidente, otra vez más no la aguantarían los ganaderos y tendríamos problemas, su gobierno los tendría; y si no lo solucionamos de otra forma yo renuncio.

—Licenciado Rodríguez Cano, ¿cuál es su opinión?

—La misma de don Gilberto, señor.

—Bien, ustedes ganan).

Don Gilberto, merced a su dinamismo y movilidad, su simpatía y don de gentes, su audacia y arraigo en la provincia, fue el astro, la estrella que iluminó el sexenio ruizcortinista. Era, pues, el hombre a seguir. Pero en política la sopa se cocina con otros —o sin condimentos.

(—¡Qué pasó!

—¿Con qué, Pollo?

—¡Con lo de Adolfo!

—Ah, eso... ¡La perdimos, Pollo, la perdimos...!)

En ese territorio oscuro y triste, don Gilberto brillaba como un sol. Peligroso. No era la dicha que requería el jugador maestro: era un doble cinco al que había que ahorcar. Y así fue, pese al arraigo, a la simpatía, al apoyo brindado por las masas campesinas y por los altos jefes militares y los políticos de peso del momento.

Don Gilberto, director de la...

de esa un río, un compromiso metálico... fue amigo de sus amigos hasta el último momento de su vida.

El resto de su historia —de la Historia— ya lo conocemos: fue llamado por el presidente José López Portillo y volvió a brillar su talento, capacidades organizativas y administrativas y, de nuevo, hizo otro de sus milagros: elevó la producción cañera logrando lo que parecía imposible: exportar en vez de importar azúcar.

Sólo la muerte súbita, brutal pudo segar su ímpetu fabril. Don Gilberto ha muerto y, como él, otro de esos pocos mexicanos ejemplares para quienes lo conocimos y, sobre todo, para las nuevas generaciones: trabajador, patriota leal y hombre por los cuatro costados.

(—¡La ganamos, Pollo!... ¡La ganamos!).



Luis de Alba... chistosa crítica social.

El Chavo de

La Ibero

Y UN DANZÓN DEDICADO
A LA CHINACA POPULAR

POR FAUSTO CASTILLO



De pronto apareció un nuevo cómico en la televisión mexicana: Luis de Alba; y lo curioso, para nuestro medio, es que debe a toda su popularidad una especie de chistosidad crítica social, que por en ridículo a la parte de la sociedad mexicana más confortablemente instalada; los hijos de los muy ricos. Con cierto aire marquetano, De Alba divide al país en dos clases: Los Chavos de la Ibero y la Chinaca Popular: los juniors y la plebe para no andarnos con cuentos. Para precisar su humor bastará un ejemplillo. Tres muchachos de los tres universi-